

PREFERRED



¿POR QUÉ LOS RICOS SON MÁS RICOS?

La metáfora que te hará ver tu vida con otros ojos.

¿Por qué los ricos son más ricos?

Alguna vez te has preguntado ¿cómo es que los ricos llegaron a ser ricos? O incluso ¿cómo es que se siguen haciendo más ricos?, creo que todos hemos soñado con tener una vida amena y poder disfrutar ampliamente de esta vida sin tener preocupaciones económicas.

Pues bien, hoy es el día para poder entender un poco más acerca de esto, hagámoslo con una metáfora ¿te parece?

Esta es la imagen que quiero que tengas en la cabeza: este mundo es un océano. Tú estás en el océano trabajando intensamente. Tienes una pequeña barca con remos. Has decidido que quieres ir hasta aquella isla que se alcanza a ver en el horizonte, ya que parece ser lo único que hay a tu alrededor.

Como te has preparado en la escuela de remeros, eso es lo que sabes hacer: **REMAR**. Tu remas y remas, todos los días, todas las semanas. Poco a poco ves que estás más cerca de la isla ¡Lo estás haciendo muy bien! Animado por tu éxito, y sabiendo que puedes llegar más rápido, decides remar no ocho, sino diez horas al día, ¡y tu barca empieza a ir más rápido!, sin embargo, te vas agotando, pero no importa, falta menos para llegar y sigues remando.

De pronto, sin avisar ni pedir permiso, otra barca se acerca y comienza a alcanzarte. ¡Esa barca es muchísimo más rápida! No es más grande que la tuya, pero definitivamente más veloz. “¡Eso no es posible!” - Te dices a ti mismo. Seguramente el hombre que rema en esa barca tiene brazos de acero; quizás es un atleta olímpico. Y lo observas y no parece que sea más fuerte. Es más, parece más débil que tú.

Pero eso no es lo peor, ves al hombre y te das cuenta de algo, ¡no está remando!, está leyendo el periódico mientras toma un Martini, y en menos de tres minutos te alcanza y deja detrás. Es evidente que va a llegar a la isla antes que tú, y sin sudar una gota. ¿Cómo es esto posible? ¡Seguramente está haciendo trampa! Y piensas: “Mis padres me dijeron que podría llegar a la isla que yo quisiera, sé que puedo lograrlo, yo merezco el éxito”. Así que estás decidido: ¡a la isla!



Ahora sí que vas a dar todo de ti. ¡A remar más rápido! Y no solo diez, sino doce horas, más fuerte, con más decisión, con más concentración. Tu barca empieza a caminar un poco más rápido. Pero ahora (¿a qué hora pasó esto?) no estás solo en la barca. Ahora hay una familia. Tienes también dos hijos. Tu barca pesa un poco más.

Pues ¿qué más se puede hacer? ¡Hay que remar más! No doce, sino catorce horas. ¡Ya lo sé! - Te dices, hay que trabajar con inteligencia y aprovechar todo mi potencial. Así que te amarras dos remos a los pies, y comienzas a remar con manos y pies, con todo tu empeño y dedicación. ¡Lo haces por amor, lo haces por convicción, lo haces porque puedes hacerlo!

Pero lo que sucede ahora te derrumba, allí vienen otras barcas que te alcanzan y dejan atrás. Van como volando. Ahora todos están por llegar a la isla mientras tanto tú te das cuenta de que estás agotado, destruido. No puedes mover un músculo, te has esforzado tanto y has dado la mayor parte de tu tiempo en remar.

Y eso no es lo peor: Algo ha pasado con tu barca. Está comenzando a inundarse ¡Es urgente llegar a la isla! Los pies de tus hijos están mojados. Con un pie tratas de tapar el agujero mientras con las dos manos y el pie que te queda sigues remando furiosamente ahora 16 horas al día para compensar el pie que no puedes usar, porque eso es lo único que sabes hacer, remar.

Cada día, todos los días, otras barcas te alcanzan y dejan atrás. Eventualmente tus hijos crecen y toman algunas tablas de tu barca para hacer otras barcas, y empiezan a remar también. ¿Hacia dónde? No importa ya, lo que importa es seguir remando, ese es tu destino, y el destino que les enseñaste a tus hijos.

En el camino te das cuenta de que algunas personas en el océano están peor que tú, y ni siquiera tienen barca, apenas flotan en un salvavidas, y como consuelo piensas: “Por lo menos estoy mejor que ellos, tengo mi barca y sé remar. ¿Qué más puedo pedir?”

Una mañana en que remas con la cabeza gacha, ves de reojo acercarse una barca. “Una más ¿qué importa ya?”

Pero esta barca se detiene a tu lado, y te saluda.



- ¡Hola! ¿Estás bien? Te ves agotado, casi a punto de naufragar.
- Ya ve como está todo. Está muy difícil.
- Pero... ¿no quieres llegar a la isla?
- Quizás algún día. Si sigo remando, eventualmente llegaré, ¿o no?
- No con esa barca ¡esa barca no te llevará a la isla, sino al fondo del mar!
- Es la barca que me tocó. Es la que me dieron... – dices tú.
- Sí, pero puedes mejorar tu barca si tú quieres.
- ¿Por otra más grande? ¿Para qué? Sería aún más agotador remar.
- Pero ¿es que no te has dado cuenta?
- ¿Cuenta de qué?
- ¡Levanta la vista! ¡Mira mi barca!

Con trabajo, levantas la vista, y observas por fin la barca del marinero. Es una barca grande, hecha de maderas finas y labrada en oro. Es una barca preciosa.

- ¿Acaso te burlas de mí? Yo jamás podré tener una barca así. Además, yo no necesito esos lujos.
- Estás viendo solo lo que se ve desde abajo. ¡Mira más arriba!

Haciendo un esfuerzo aún mayor, levantas la mirada tanto como puedes, hasta que casi te tiras de espaldas.

Oh, Dios, esto sí que no te lo esperabas, la barca del marinero tiene un mástil pequeño, y sobre ese mástil... una vela, ¡una vela! y aquel marinero se despide de ti mientras con un simple movimiento de mano, iza de nuevo la vela y desaparece en el horizonte en pocos segundos. ¡Ahora está claro lo que tienes que hacer! ¡Tienes que mejorar tu barca!, para ello deberás construir la vela.



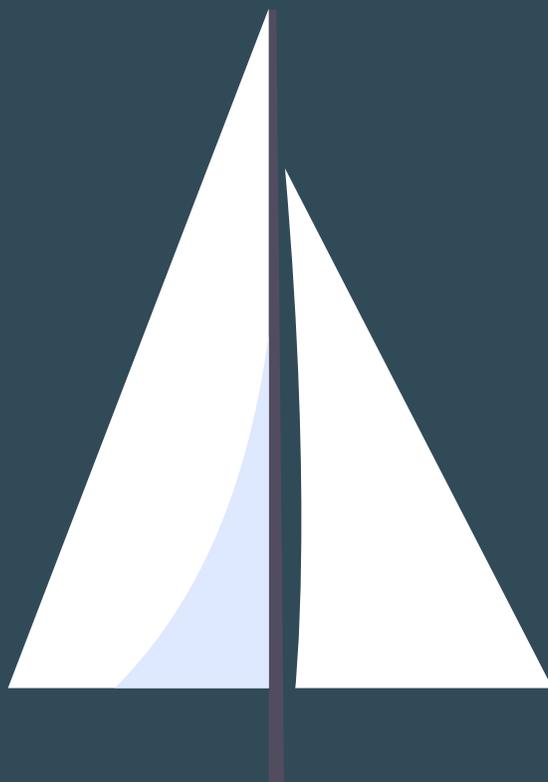
El día se siente más fresco. Por primera vez, sientes que el viento sopla con fuerza. Hasta ahora el aire no te impulsaba; era apenas una necesidad para poder respirar. A partir de ahora, el viento te va a liberar, y hoy después de décadas, dejas de remar. Es hora de cambiar la estrategia, de comenzar con algo nuevo.

Con un madero de tu barca y tu propia camisa, pasas la mayor parte de la mañana construyendo una pequeña vela, no avanzas nada ese día, incluso las barcas de remos te dejan atrás, pasan a tu lado, y te tienen lástima, porque no estás remando, y ellos piensan: ¿Qué va a ser de tu vida si no remas a cada instante?

Tardas algunos días en instalar tu vela, usaste tu camisa, tus pantalones, y dos de tus remos, pero ¡Por fin tienes una vela! Y por fin tu barca se está moviendo sin que estés remando y solo gozas de la brisa marina en tu rostro. Ahora que tienes tiempo y las manos libres, empiezas a idear cómo hacer una vela más grande.

Intercambias tus zapatos por la camisa de otro marinero, ahora tu barca camina más rápido, muchísimo más rápido, y antes de que te des cuenta ¡Llegaste a la isla en unos pocos días! Y solo hasta que has llegado a la isla te das cuenta de que, si subes a la montaña, el océano es vasto y hay muchas islas más lejanas y más grandes.

¡En la isla conoces a más marineros! Todos ellos han descubierto el secreto, sus barcas tienen velas y pueden ir a donde ellos quieran. A los pocos días estás de vuelta en tu barca. Ahora tiene una vela mucho más grande y estás pensando en ponerle dos para descubrir nuevas islas. Tu barca ahora tiene madera más fuerte, mayor tamaño y hasta algunas comodidades. Aún le dedicas parte de tu tiempo a construir una barca mejor; pero, como no tienes que remar todo el día, puedes dedicar tiempo a tus hijos.



Por fin te lanzas al mar, en busca de una nueva isla. Tu barca es tan grande que incluso das trabajo a varias personas. Seguramente tienes que dirigir el timón, y alguna vez remar, si fuera necesario. Pero sabes qué día y noche, en cualquier momento, tu barca sigue caminando porque no depende de tus brazos, sino de algo mucho más poderoso, y que está allí para todos: el viento.

Tú no empujas tu barca. El viento lo hace. Tú solo tomas el timón. No estás rompiendo ninguna regla. A contrario: ahora conoces la otra regla: la de los ricos.

Una mañana en que flotas rumbo a una nueva isla, te encuentras en medio del océano a un hombre moribundo en una pequeña barca de remos. Está remando con todas sus fuerzas, pero es evidente que no puede más.

- ¡Amigo! –le dices – ¡puedes cambiar esa barca si quieres!

Pero él no te cree... y sigue remando...

Interesante metáfora ¿verdad?, Si bien se puede aplicar a muchas áreas de nuestra vida, una de las más claras es nuestro éxito financiero. No necesitas comenzar un barco gigante, pero si comenzar a cambiar la perspectiva y la estrategia en tu vida financiera, buscando opciones que nos permitan mejorar y disfrutar del viaje al éxito.

